

AERYN ANDERS

ROJA NAVIDAD



Roja Navidad

© Aeryn Anders

© Ilustración de la portada: È Finita Ediciones

© Maquetación: È Finita Ediciones

© Corrección: È Finita Ediciones

Obra registrada en Safe Creative

Código: 1712065032535

Licencia: Todos los derechos reservados

Primera edición: diciembre 2017

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor.

Se despertó al apreciar el vacío que había dejado el cuerpo de Andrea. Cerró los ojos y se pasó la mano por la frente para eliminar el malestar que sentía. Llegó a pensar que la muerte de Alejandro y Mariola le iba a ofrecer un estado de paz, que a partir de ese momento podía relajarse y disfrutar de su mujer e hijo, que equivocadamente estaba, en su entorno nada era predecible y las circunstancias así se lo recordaban.

Prestó atención al escucharla, estaba en el baño y podía asegurar, sin llegar a verla, que de nuevo vomitaba, llevaba así quince días y estaba preocupado por ella, desde el último suceso su mujer siempre se levantaba en mitad de la noche y expulsaba lo poco con lo que se alimentaba. Si seguía así enfermaría.

Le dio un vuelco el corazón al verla abrazarse a la porcelana mientras su cuerpo se convulsionaba. No tardó en arrodillarse junto a ella.

—Cariño, ¿estás bien?

No levantó el rostro al sentir cómo la abrazaba.

—Sí, cariño, no te preocupes.

—Sí que lo hago, desde lo sucedido... —enmudeció al ver cómo el rostro de su esposa cambiaba de color—, desde entonces te pasa lo mismo cada noche.

Andrea alargó la mano y le acarició el entrecejo para eliminar la arruga de preocupación, su relación desde el inicio estuvo abocada al fracaso, pero el amor que se procesaban fue más fuerte que los contratiempos que los separaban y sortearon cada uno de ellos hasta que lograron estar juntos.

—Con el tiempo se pasará —aseguró levantándose del suelo ayudada por él.

No le convenció la respuesta, pero él mejor que nadie sabía la fuerza y afán de superación que poseía su mujer, no todo el mundo era capaz de burlar la muerte y mucho menos lograrlo dos veces.

La ayudó a tumbarse de nuevo en la cama, no tardó en acoplarse a su espalda y acariciarla, se mantuvo inmóvil hasta que se cercioró de que su respiración era pausada. Antes de incorporarse le dio un beso en la frente.

Exhaló y el vaho se concentró a su alrededor provocando una fina capa de niebla frente a él. Le encantaba aquella época del año, todo el mundo desprendía felicidad, como si en Navidad los problemas no existiesen, pero la suya estaba empañada.

No quiso pensar en la decisión que ambos se vieron obligados a tomar semanas atrás, debía mantener la mente despejada para no precipitarse, de hacerlo no lo volverían a ver y solo de pensarlo su estómago se revolvió. Evitó mirar a la zona de la piscina, si no lo hacía no vería el muñeco y no lo añoraría más de lo que ya lo hacía.

Sacudió la cabeza, aquella mañana del veinticuatro de diciembre, por fin cerraría una las heridas que sangraban con fuerza. Jamás se perdonaría no haberle hecho caso a su mujer cuando se negó hasta la saciedad salir de Roma, le dijo en más de una ocasión que era demasiado arriesgado dejar desprotegida a la familia y qué razón tenía.

Anduvo con pasos cortos hasta el coche, condujo de forma sosegada, era un ritual que acostumbraba a hacer desde sus inicios, relajarse antes de llegar a su destino y eso solo lo lograba haciéndole el amor a Andrea o conduciendo, no tuvo más remedio que conformarse con lo segundo ya que su mujer no estaba para que la avasallara con sus ansias por amarla.

Miró la fachada de la nave y los recuerdos lo invadieron, nunca imaginó que tras deshacerse de DeLuca su vida daría un cambio radical, la culpable de aquello no era otra que el amor de su vida; Andrea.

Traspasó el plástico que lo separaba de la nave y con pasos cortos recorrió los metros que lo separaban del centro. Saludó con un gesto de cabeza a los allí presentes y antes de colocarse frente a los dos hombres que se encontraban maniatados, su hermano lo interceptó.

—No era necesario que vinieras, puedo encargarme de esto yo — comentó Marco colocándose a su lado.

No podía evitar descargar toda su rabia en su hermano, si no se hubiese empeñado en hacer las cosas a su manera, con suerte no se verían metidos de lleno en una guerra que no abocaba nada bueno.

—Ya hiciste suficiente. —Incluso él notó la acidez de sus palabras—. De esto me encargo yo. —Suavizó el tono.

—Enrico, yo...

—Déjalo estar, Marco. Estás cosas pasan.

No podía culparlo de lo sucedido con su suegra, pero en su fuero interno sí que lo hacía, ver sufrir de aquella manera a su mujer lo destrozó, necesitó buscar un culpable y no fue otro que su hermano.

Se quitó la chaqueta colocándola sobre la polvorienta mesa, arrastró una silla hasta ponerla frente a los dos sicarios de los Carduccio, la rabia al saber que ellos fueron los incursores de la desgracia ocurrida en su familia se

adueñó de él.

Sin previo aviso se incorporó y golpeó con fuerza el rostro de uno de ellos, le dolían los nudillos de los golpes emitidos, pero no era capaz de controlarse. Eduardo lo sujetó para que parase, se lo agradeció con una mirada, aquellos desgraciados se merecían una muerte más lenta de la que él era capaz de ofrecerles.

Imitó a su mujer, tomó asiento y cruzó una pierna sobre la otra.

—Eduardo. —Solo lo nombró, al igual que Andrea hacía cuando necesitaba de sus cualidades.

Algo impaciente observó cada uno de sus calculados movimientos, esa lentitud que tenía de caminar hasta la mesa y tomarse su tiempo antes de elegir la herramienta deseada, causaba pavor en sus víctimas.

Evitó sonreír al ver cómo los hombres Carduccio tragaban saliva, la fama de sanguinario de Eduardo se había propagado por la ciudad y nadie en su sano juicio deseaba ser su presa, ellos intuían que su muerte sería dolorosa.

No se inmutó cuando Eduardo negó con la cabeza al desechar cada herramienta que sus dedos tocaban.

—Creo que voy a probar algo nuevo —lo dijo en un susurro siniestro sin dejar de mostrar una sonrisa que no vaticinaba nada bueno—. Tony, ¿me ayudas?

Su cuñado no tardó en asentir y seguirlo. No era de su agrado que Tony estuviese presente en aquello, pero no fue capaz de disuadirlo y entendía cada uno de los motivos que le expuso para que lo dejase ser parte.

Entre los dos arrastraron una estructura de madera de dos metros de alto hasta fijarla a la pared más cercana de dónde se encontraban los hombres Carduccio. Con cierta parsimonia, Eduardo se acercó a uno de ellos, lo desató y sujetó por las muñecas para que no opusiese resistencia.

Con la ayuda de Tony lo esposaron, primero de las manos extendidas por encima de la cabeza y después de las piernas. Eduardo sacó una navaja del bolsillo y rasgó la ropa del hombre hasta dejarlo desnudo.

Tragó al verlo coger una especie de rastrillo de palo largo, los garfios parecían unas largas uñas afiladas que simulaban la zarpa de un gato. Dio dos pasos atrás, separó un poco las piernas, alzó el rastrillo y comenzó a pasarlo por la espalda del hombre. Enrico desvió la mirada al ver cómo las zarpas arrancaban tiras de carne impregnando todo de sangre.

El rostro del otro hombre tornó a un ceniciento tono al ser obligado a presenciarlo todo, Tony era el encargado de sujetarle el rostro para que no

perdiese detalle de lo que le deparaba en breve.

—No pierdas ni el más mínimo detalle, tú eres el siguiente —escupió Tony cerca del odio del hombre.

Enrico comprendía a la perfección la ira que destilaban sus palabras, llevaba mucho dolor guardado por lo ocurrido a su madre.

La jordana se alargó hasta bien entrada la tarde, entre Eduardo y Tony se turnaron para torturar a los dos hombres hasta que sus cuerpos no soportaron más dolor y se desmayaron. Aun así, tardaron en concederles la muerte.

Enrico hizo la llamada de rigor a Valdati, aunque en aquella ocasión no deseaba que se presentara como policía, debía trasladar los cadáveres a territorio Carduccio, aquel sería el mensaje, si osaban a volver a atacar a un Bianchessi, aquella sería la muerte que recibirían.

—Gracias —dijo Tony una vez en el exterior de la nave.

—¿Mejor?

Su cuñado no respondió al instante, se entretuvo en dejar que el humo del cigarro le inundara los pulmones, no era la primera vez que lo veía fumar, aquel feo vicio ya lo acompañaba dos largos años.

—No, pero saber que esos cabrones han pagado por lo que han hecho, me alivia un poco la carga de culpa que llevo.

Le puso una mano en el hombro, su hermana estaba igual que él, se culpaba de todo.

—Ni tu hermana ni tú tenéis la culpa de lo ocurrido.

Asintió no convencido.

—Vayamos a la mansión.

—Sé que a mi hermana le habría gustado estar presente —comentó Tony nada más cerrar la puerta del acompañante.

—No está para ello, se pasa las noches en el baño, por eso no le he dicho nada, piensa que lo de hoy es una reunión cualquiera.

—Se va a cabrear cuando descubra la verdad.

Enrico encogió los hombros.

—Podré soportarlo.

Su idea nada más traspasar la puerta de casa era ir en busca de su mujer, necesitaba comprobar que se encontraba bien, además que ansiaba sentir su calor, pero su tío Vittorio lo avasalló a preguntas nada más verlo.

—Avisaré a mi hermana de nuestra llegada.

Se lo agradeció con una pequeña sonrisa.

Vittorio lo arrastró hasta el interior del salón donde toda la familia

Bianchessi y su suegro los esperaban. Desconectó a la segunda pregunta, su mente estaba puesta en el mensaje que había recibido de camino a casa y en su mujer.

Por muchos años que transcurriesen, soportaba igual de mal estar muchas horas separados. Se le partió el corazón al verla entrar, aunque intentaba disimularlo y mantener aquella fachada de mujer dura, la rojez de los ojos la delataban, acababa de llorar y se culpaba de no haber sido él quien la abrazara y consolara.

Dejó hablando solo a su tío para ir al encuentro del pilar más importante de su vida; su mujer. No tardó en rodearla con los brazos y pegarla a él.

Le acarició la mejilla con los dedos mientras la besaba, jamás se cansaría de hacerlo, de hecho no recordaba ningún otro beso que no fuesen los suyos.

—¡Feliz Navidad, mi vida! —la felicitó con todo el amor que sentía.

De pie frente al ventanal observaba el manto blanco que cubría el césped del jardín, incluso los árboles estaban sepultados por los copos de nieve que se mantenían inertes y sin intención de evaporarse.

Fijó la mirada en el destartado muñeco de nieve que se mantenía de forma precaria en pie, Piero se empeñó en hacerlo él solo sin su ayuda ni la de su padre antes de marcharse, a sus cuatro años ya decía que era mayor y no necesitaba supervisión para hacer ciertas cosas.

La nostalgia la invadió, sería el primer año que pasaría aquellas señaladas fechas lejos de su pequeño, pero los últimos acontecimientos obligaron a Enrico y Andrea a tomar la dura decisión de sacar del país a su retoño, ninguno de los dos deseaba exponerlo al peligro en el supuesto caso de que las cosas no terminasen según los planes de la familia.

Sabía que Piero estaba a buen recaudo y que los encargados de velar por su seguridad entregarían su vida antes de que a su pequeño le ocurriese algo, aunque no podía evitar sentirse una mala madre al permitir que su hijo se viese envuelto en aquel turbio mundo al que ella había accedido por voluntad propia. Quince días sin abrazarlo, besarlo o mimarlo eran demasiados y su desazón crecía por momentos.

Ladeó unos milímetros la vista, si dejaba de observar el muñeco, con suerte, podría disfrutar un poco de la velada. Cerró los ojos nada más ver el rosal que con tanto cariño su madre plantó hacía dos años, era lo único no sepultado por la nieve, el rojo de las rosas destacaba del blanco impoluto del jardín.

Visto desde la lejanía se asemejaba más a una enorme mancha de sangre que a la belleza de la planta. Aquello, se dijo, era una advertencia, no era asiduo que todo estuviese cubierto menos el rosal. Estaba segura de que su madre quería advertirla de algún modo. No había día que no la añorara, que no necesitara de sus consejos a la hora de educar a su hijo.

La rabia la invadió al recordar su regreso a Roma y descubrir lo sucedido, desde el principio se negó a viajar a Madrid para ver las instalaciones nuevas de Antonella, sabía que abandonar el país en mitad de la guerra que había entre familias era demasiado arriesgado, pero su cuñado se obcecó en que era indispensable hacer el viaje, que la italiana llevaba muchos años al servicio de la familia y sería un desplante no presentarse cuando lo llevaba solicitando meses.

Sin ánimos algunos y sin la seguridad que siempre la acompañaba,

aceptó hacer un viaje exprés, irían y volverían el mismo día, a lo sumo regresarían al siguiente, pero aquellas cuarenta y ocho horas fueron suficientes para que los Carduccio actuaran. El resultado fue devastador.

Aquel día Alba y su madre habían ido hasta una exclusiva *boutique* ubicada cerca de la Plaza de España, su hermana iba a probarse el vestido de novia, en breve contraería matrimonio con el menor de los Bianchessi. Dos de los sicarios de los Carduccio esperaban su llegada, no tuvieron reparos en disparar a plena luz del día. Su madre murió antes de que la ambulancia llegara y Alba ingresó, en estado crítico, en la UCI. Tras recuperarse y asimilar que Lucía, su madre, estaba muerta, optó por romper todo lazo familiar y marcharse de Roma, no quería saber nada ni de Marco, ni de su propia familia y mucho menos de los Bianchessi. Dos años después ni Andrea, ni su padre, ni su hermano habían tenido noticias de ella.

—¿Estás bien?

Andrea dejó de mirar la nada y desvió la vista a la entrada del despacho, de pie bajo el umbral Tony la observaba intranquilo.

—No.

Su hermano no tardó en situarse a su lado y abrazarla, le debía tantas cosas que se le partía el alma verla tan decaída.

—Las echo tanto de menos, Tony —sollozó.

—Yo también, no hay día que no me acuerde de mamá.

—No debí irme, no debí dejarlas solas. Ahora estarían aquí con nosotros —se culpó.

Tony le alzó el mentón.

—Escúchame, aunque hubiésemos estado en Roma, habría sucedido lo mismo, nadie podía predecirlo.

Aquello no la consoló, seguía culpándose de la muerte de su madre y de la huida de su hermana.

—¿Has hablado con Piero? —preguntó Tony, si le hablaba de su hijo, con suerte se le iluminaría la cara.

—Esa es otra —sollozó de nuevo—. No creo que aguante más tiempo sin verlo.

—Te entiendo, yo también quiero verlo, pero sabes que tomasteis la decisión por su bien.

Delante de él no era necesario que mantuviese esa fachada de frialdad que todos conocían, no tenía que ser la mujer de hielo a la que media Roma había aprendido, a base de fuerza, a respetar. Con su hermano podía ser

simplemente Andrea, una madre preocupada por el bienestar de su hijo y una hija destrozada.

—¿Y si los han encontrado? Jamás me perdonaría que le sucediera algo y no estar a su lado para defenderlo.

—Tranquila —la acunó Tony entre sus brazos—. No le pasará nada, Valentino y Roberto, jamás permitirán que alguien se acerque a mi sobrino y mucho menos que lo lastimen. Seguro que en este momento está cantando villancicos mientras los vuelve locos a los dos, ya sabes que al enano le encanta y se pasa todas las navidades cantándolos.

La sonrisa no llegó a iluminarle la cara cuando recordó a su pequeño las pasadas navidades y cómo las había disfrutado.

Suspiró con fuerza, debía recomponerse antes de salir al salón para reunirse con la familia Bianchessi y Sáez. Aunque las cosas por Roma estuviesen igual de revueltas que a su llegada al país, su suegra no dio su brazo a torcer y exigió a cada miembro de la familia que estuviese presente en la cena.

—¿Por qué no estás con los hombres? —inquirió Andrea limpiándose las regazadas lágrimas que se negaban a abandonar sus ojos.

—Ya hemos acabado y como Vittorio no deja ni a sol ni a sombra a mi cuñado, he venido yo a avisarte.

Se recompuso lo mejor que supo, no quería preocupar a Enrico y sabía que si aparecía con aquel semblante, su italiano no la dejaría tranquila e incluso era capaz de coger el jet y viajar al país donde se encontraba Piero para visitarlo, pero aquello sería condenarlos a muerte a los tres y no estaba dispuesta a correr riesgos.

—Vayamos, acabemos con esta parafernalia de una vez —comentó Andrea una vez repuesta.

—No te haces una idea de las ganas que tenemos papá y yo de que acabe e irnos a casa.

—Prefiero que os quedéis con nosotros, hasta que las aguas no vuelvan a su cauce no es seguro que estéis en la mansión solos.

—No estamos solos, Isa y los chicos están con nosotros. Además, vivimos en la casa de al lado —bromeó para despejar las arrugas de preocupación del rostro de su hermana.

Andrea le sonrió. Por ese lado estaba tranquila, ninguno de ellos permitiría que le arrebatasen la poca familia que le quedaba a su lado.

Recorrieron el pasillo hasta llegar al amplio salón con los brazos

entrelazados, se negaba a separarse de su familia, demasiado había perdido ya desde que se vio obligada a adentrarse en el mundo de la mafia, incluso había días que se planteaba que hubiera sido de su familia y de ella de no aceptar la oferta de Sánchez, lo mismo, con suerte, estarían todos juntos, en la ruina, pero juntos.

Ladeó aquellos pensamientos un instante antes de cruzar el umbral del salón. Nada más hacerlo unos ojos verdes apresaron su mirada, el amor que desprendían fue suficiente para despejar sus miedos. Se dirigió hacia él y se dejó envolver por aquellos brazos que en tantas ocasiones la habían acunado y amado.

—¡Feliz Navidad, mi vida! —Felicito Enrico al finalizar el profundo beso.

—¡Feliz Navidad, cariño! ¿Cómo ha ido la reunión?

Enrico negó con la cabeza.

—No es el momento de eso, ahora toca disfrutar de este día con la familia. —Andrea hizo un gesto de desagrado con la boca—. Sé que estás fechas, y más este año, son duras para ti, pero tu padre necesita todo nuestro apoyo.

Asintió.

—¿Has hablado con Valentino?

—No, me ha mandado un mensaje, a las doce nos llamará para que hablemos con Piero, dice que lleva todo el día sin parar de cantar y venga reír. Creo que nuestro hijo no nos echa tanto de menos como nosotros a él.

Aquellas palabras fueron las que no la hundieron en la miseria, saber que su pequeño estaba feliz y bien era suficiente por el momento.

Se entremezclaron con el resto de presentes hasta llegar a la altura de Aarón con el que se quedaron hablando amablemente. Estaban tan sumidos en la conversación que ninguno de los tres reparó en que alguien había accedido al salón haciendo acallar a todos los presentes con su presencia.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Andrea helándola al instante, algo iba mal y no lo comprendió hasta que giró el rostro. Se quedó helada al ver la pareja que estaba de pie en mitad del salón saludando a Tony.

—¡Mi pequeña! —escuchó gritar de felicidad a su padre.

Con paso seguro se acercó a su hermana que no dejaba de fulminarla con la mirada, sabía que Alba la culpaba a ella de lo ocurrido a su madre, pero nunca imaginó que se lo pagaría de aquella manera, incluso a Enrico le cambió el tono de tez al vislumbrar quién la acompañaba.

—¡Feliz Navidad, Andrea! —espetó Alba con rabia contenida.

—¡Feliz Navidad, Alba! ¿Cómo estás?

Andrea se quedó con los brazos extendidos, Alba rechazó, dando un paso atrás, su abrazo. El gesto solo lo advirtió ella y Enrico, los demás no repararon en aquel detalle.

—Bien.

—¿No nos presentas a tu acompañante, cuñada? —inquirió Enrico sin desviar la mirada del hombre que no se separaba de Alba.

—Por supuesto. Cariño, ella es mi hermana Andrea y él su marido, Enrico Bianchessi. Él —cogió a su pareja del brazo—, es Sam, mi prometido.

Andrea evitó hacer cualquier gesto que delatara su incomodidad, no deseaba que él apreciase el pánico que sentía por estar en la misma estancia. Intentó mantener el ritmo de la conversación, pero en ocasiones se perdía en sus pensamientos, si las cosas para la familia Bianchessi ya estaban complicadas, su hermana acababa de abrirles otro frente.

Esperó de manera paciente a tener un momento a solas con su hermana, deseaba saber por qué lo había llevado a Roma y para más inri, lo había metido en su casa. La sujetó con firmeza del codo y con disimulo la apartó del resto de familiares hasta llevarla a una esquina del salón.

—Nos has condenado —afirmó sin dejar de mirar a Sam que no las perdía de vista.

Alba se separó unos pasos.

—No te equivoques, hermana. Nos condenaste tú hace años.

Roja Navidad es un relato navideño narrado por los protagonistas de la biología *Tras tu rastro*.

BIOGRAFÍA

Aeryn Anders nació un caluroso viernes de 1979 en la ciudad del sol.

Como buena aficionada a las letras, comenzó su andadura por estos lares allá por 1989, cuando dedicaba las tardes a escribir cuentos breves. Con doce años creó su primera novela corta y durante los siguientes años, prosiguió narrando todo aquello que se formaba en su cabeza, aunque no fue hasta 2015 que publicó su primera novela.

Cuenta en su haber con:

Novelas:

La biología de novela negra *Tras tu rastro* que se compone de: ***Tras tu rastro*** (2015) y ***Vindicta*** (2016). Novela corta de género romántico ***Conquistando el mundo*** (2017).

Relatos:

De género negro ***Piero Cassavacchi — Fantasmas del pasado*** (2017). De género romántico ***Tú, mi salvación*** (2017). Relato corto ***El reflejo del Alma***, publicado en diciembre 2016 en la revista *Mangata Magazine* y Espacio Ulises. Relato corto ***Sedienta***, publicado en Buenos Relatos.

Compagina la escritura con su otra gran pasión: El diseño gráfico. Los largos días de verano los dedicaba a escribir y a dibujar. Y en la actualidad es la diseñadora y maquetadora de *Mangata Magazine* y colaboradora de la revista digital *Crazy Mate Magazine*.